



La Dialéctica de los Múltiples Lenguajes del Compromiso y de la Revelación Terapéutica¹

Hazel Ipp, Ph.D.²

Toronto Institute for Contemporary Psychoanalysis, Toronto, Canada

Este trabajo considera las ambigüedades de la revelación en el contexto intersubjetivo de estados impactantes y de cambios de estado intra e inter analista y paciente, así como de la omnipresencia de las comunicaciones inadvertidas en ambos niveles (verbal y no verbal). Como analistas no podemos escapar de esos aspectos no formulados de nuestra experiencia y afectividad que han estado pesando, sin que tuviéramos consciencia de ello, sobre cualquier comunicación particular en el calor del momento clínico. La dialéctica entre lo que decimos y lo que realmente comunicamos afectivamente, y cómo esas comunicaciones tan a menudo discordantes se reciben, procesan y son respondidas en el curso del dialogo, es en efecto el crisol de nuestro trabajo. En el contexto de cada diada terapéutica, luchamos continuamente para encontrar las palabras que portan los significados correctos que queremos expresar- la palabra, la frase, la metáfora que forma un rimo dentro de nosotros y se siente su resonancia en la arena intersubjetiva. Estas ideas se pondrán de relieve a través de la consideración del análisis de una mujer joven que lucha por su vida. El material clínico seleccionado refleja la dialéctica entre las formulaciones que nos son familiares y la afectividad no formulada. Aquí se manifiesta la batalla y la tensión inherente para pasar de las palabras manidas a la emergencia de un espacio lingüístico nuevo y co-creado, donde la palabras se disparan en el núcleo de la crisis para formar metáforas compartidas que vienen a servir como criterios cruciales para los complejos soportes afectivos de esta relación terapéutica particular.

Palabras clave: Compromiso, Revelación, Proceso terapéutico, Lenguaje Verbal, Lenguaje no verbal

This paper considers the ambiguities of disclosure in the intersubjective context of powerful states and state shifts within and between analyst and patient, and the omnipresence of inadvertent communications at both verbal and nonverbal levels. As analysts, we cannot escape those unformulated aspects of our experience and affectivity that are being brought to bear unwittingly on any particular communication in the heat of the clinical moment. The dialectic between what we say and what we actually communicate affectively, and how these so-often discordant communications are received, processed and responded to, in ongoing dialogue, is indeed the crucible of our work. In the context of each therapeutic dyad, we continuously strive to find the words that aptly carry the meanings we wish to convey – the word, the phrase, the metaphor that forms a rhythm from within ourselves and feels resonant in the intersubjective arena. These ideas will be highlighted through the consideration of an analysis of a young woman battling for her life. The clinical material selected highlights the dialectic between familiar articulations and unformulated affectivity. Illustrated here is the struggle to bridge the inherent tension between well-worn words and the emergence of a new co-created linguistic space where words are fired in the kiln of crisis to form shared metaphors that come to serve as crucial touchstones of the complex affective underpinnings of this particular therapeutic relationship.

Key Words: Engagement, Disclosure, Psychotherapeutic Process, Verbal, Non-verbal Language

English Title: The dialectics of multiple languages of disclosure and therapeutic engagement

Cita bibliográfica / Reference citation:

Ipp, H. (2008). La dialéctica de los múltiples lenguajes del compromiso y la revelación terapéutica. *Clinica e Investigación Relacional*, 2 (2): 343-353. [ISSN 1988-2939] [http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx]

Las palabras tenían un lugar central para Zoe, tanto en los persuasivamente habilidosos y prolíficos productos de sus escritos políticos publicados, como en la poderosa manera en que ella me transmitía sus estados en nuestro trabajo conjunto. Nuestro proceso de compromiso terapéutico iba de las palabras y su traducción en nuestros variados estados del self, a la transformación última de esos estados. La historia de mi estar con Zoe es la historia de mi manera de encontrar el camino para pasar de las formas de las palabras de Zoe, y de los estados que las generaban, y capacitarme a estar con ella en los espacios (Bromberg, 1996), para vibrar en efecto con ella en los espacios, al servicio de las palabras que, en última instancia, co-creamos, cuyos significados codificados abrían un nuevo espacio lingüístico- un espacio que abarcaba el mosaico complejo y fracturado de su self gravemente dañado.

He elegido hablar de Zoe por varias razones. Primero, quiero honrarla por su valiente vida, una vida llevada a un final prematuro y cruel, justo después de su treinta y siete cumpleaños, cuando el cáncer contra el que luchó tan valientemente, impávidamente y durante tanto tiempo, la devoró finalmente. Zoe me regaló mucho en los niveles más profundos. Ella me enseñó a vivir la vida cada momento con todo el poder que uno tiene, extender la riqueza del significado de los placeres ordinarios, y reivindicar ferozmente y luchar por lo que más importa. En la década en la que trabajamos juntas ella me enseñó mucho sobre el poder de lo implícito, sobre los usos creativos del lenguaje significativo y sobre las avenidas multidimensionales de la comunicación afectiva, a través y más allá de las palabras, a lugares compartidos de experiencia y comunión, significado y transformación, y sobre la posibilidad y la importancia de espacios lingüísticos nuevos y co-creados- lugares que contienen y dan nuevo significado a lo que de otra forma se hubiera quedado simplemente en un puro afecto.

Zoe no pronunciaba simplemente sus palabras, se caían literalmente de su boca, con tanta fuerza y urgencia que su oyente se sentía empapado con un torrente de imágenes vívidas y absorbentes. La cascada de palabras de Zoe inundaba y, efectivamente, electrificaba el ambiente con afectos variados e impactantes que no podían sino cautivar la atención, enfocarla, hacía dentro, hacía fuera y hacía delante, hacia nuevos niveles de experiencia, tan poderosos intersíquica e intersubjetivamente que a veces me tenía que apartar (figurativamente) para intentar darles algún sentido afectivo para mí misma. ¿De dónde venía su grandeza y poder? ¿Podía ser que fueran sus mismas palabras, con su fuerza y energía, lo que era tan absorbente? ¿Qué función ejercían esas palabras en el momento? En efecto, sus palabras y las palabras que sus palabras provocaban en mí, eran vitales, pero lo que las hacía tan vitales parecía, inexplicablemente, indicar mucho más que las palabras por sí mismas.

Las palabras, como sabemos, son resbaladizas, pueden aliviar, excitar, hacer disfrutar, herir, humillar, quemar, confundir, clarificar, enfurecer y apaciguar. Pueden tener un significado para el hablante y provocar otro significado en el oyente. ¿Cómo se puede distinguir de qué estado del self provienen, o de quién es ese estado del self? ¿Cuál es su intención? ¿Y dónde, dentro de nosotros mismos, se supone que las recibimos? Lo

que lleva a las palabras más allá de lo prosaico es el afecto con el que son pronunciadas y la experiencia afectiva con la que se reciben. Es la complejidad no verbal detrás de las palabras, intencionada o no, lo que da forma a la sensación de lo que se está comunicando, y es aquí, en ese nivel implícito, donde se genera el significado que se ha sentido, significado que tiene el poder de mover algo hacia delante, o arrojarlo hacia atrás, o simplemente contribuir aún más al embrollo de familiares y dolorosos lugares de estar con otra persona.

El concepto de experiencia sentida, de esa sensación de algo que precede al lenguaje, ha sido descrito de múltiples maneras por varios autores en nuestro campo. Donnel Stern, sacando su inspiración de “los sentimientos de tendencia” de James, de “los significados sentidos” de Gendlin, del “conocimiento tácito” de Polanyi, de “las ante-estructuras del conocimiento” de Gadamer, desarrolló su obra clásica sobre la experiencia no formulada que habla convincentemente de los aspectos multidimensionales de esos fenómenos inconscientes, no verbales, que encuentran explicación en el lenguaje. Stern escribe, “analista y paciente juntos, inevitablemente y sin propósito consciente, pero con una intencionalidad que fluye de las profundidades, nacida de ambos dos, construyen un contexto interpersonal que permite que sólo ciertas partes de su experiencia entren en el rango de sus capacidades para conocer con palabras, y permite incluso a esas partes ser dirigidas a ciertas aproximaciones interpretativas. La única manera para los participantes en el análisis de expandir los límites de lo que ellos pueden saber juntos es agarrarse a los aspectos inconscientes de la situación interpersonal que han construido- “romper el agarre al ámbito de trabajo” y llegar a posibilidades insospechadas de nuevas experiencias” (1997, p.31).

El afecto es crucial para que los aspectos inconscientes del estado interpersonal lleguen a ser dimensiones verbales mejor formuladas que se están co-creando en la *arena* analítica.

El afecto es lo que transforma el lenguaje de palabras simples en poesía, que, como la música, ofrece cadencia, ritmo, resonancia, que proporciona la mejor posibilidad para un verdadero significado para las mentes y los corazones. Así es que necesitamos de nuestras palabras, y nuestras palabras necesitan de nuestros afectos y ambos necesitan chocar los unos contra los otros mientras buscamos localizar un significado más amplio y la resonancia en nuestras comunicaciones, especialmente entre estados del self recíprocos y cambiantes, en maneras menos constreñidas por palabras formalistas y huecas.

Bromberg (1991) era la voz precoz de los analistas que advertían contra la interpretación o la simple empatía, defendiendo en cambio el **estar con** la multiplicidad de estados del paciente. Me gustaría añadir a esa dimensión de estar con el paciente la importancia del afecto, de la presencia afectiva y de la resonancia afectiva.

Hemos aprendido mucho de nuestros investigadores de la infancia sobre los aspectos multidimensionales de la comunicación afectiva diádica. El *Grupo de Boston de los Procesos de Cambio* se ha centrado en la importancia de la comunicación en el nivel procedimental, donde la resonancia afectiva del momento inmediato dirige el camino. Están aquellos que, mientras no niegan el poder de la comunicación afectiva, enfatizan que el lenguaje es crítico para la movilización y el progreso. Otros se quedan más contentos más si la resonancia afectiva se queda sin desvelar lingüísticamente para permitir que las cosas surjan desde allí. Mayoritariamente, nuestra literatura contemporánea refleja diferentes versiones de los esfuerzos que ponen el foco en superar

las modalidades expresivas, tales como la experiencia de los estados afectivos y su expresión verbal. Los Nebbiosi, en un trabajo reciente (2006) describen el ritmo compartido, co-construido por ambos miembros de la díada, que enfatiza la experiencia sentida, el núcleo de la comunión verdadera entre dos personas. Muchos autores contemporáneos (Beebe y Lachman, Lichtenberg, Mitchell, B. Pizer, S. Pizer, Stern etc.) están de acuerdo en que el dialogo afectivo es una experiencia que incluye, pero también a menudo trasciende al lenguaje. Es el que se registra de forma más elaborada y profunda en el estado sentido, un estado que a menudo desafía las palabras, pero que puede buscar palabras para anclarlo (al dialogo), sujetarse a él, validarlo y establecerlo como modelo para futuras referencias. Pero su verdadero poder se encuentra en el momento, en el momento de la experiencia, ese momento *kairos* que eleva la experiencia más allá del tiempo *cronos* (Daniel Stern, 2004). Es semejante a la experiencia de escuchar música, de ver el arte, de leer buena poesía, donde el poder de algo que parece contenido, circunscrito, es llevado adelante por un espíritu de algo que es mucho más. Stuart Pizer (1998) lo capta de forma muy bella en su descripción del arte como transportador de la paradoja, sosteniendo lo simple y lo complejo simultáneamente, sirviendo como foco para la mente, mientras que contiene más de lo que se podría comprender.

En este trabajo estoy desarrollando algunos pensamientos sobre la dialéctica de la comunicación, de lo que revelamos, intencionadamente, sin querer, directamente, implícitamente, a través del lenguaje o a través del ámbito procedimental, y las tensiones, las continuidades, las discontinuidades que operan entre estos niveles mientras intentamos relacionarnos clínicamente.

Así que regreso a contar la historia de Zoe y la década en la que trabajamos juntas. La historia contiene muchos relatos, algunos implícitos, algunos no formulados. Os invito a pensar y a sentir conmigo al adentrarnos en la historia que os voy a contar. En efecto, cada uno de vosotros va a diferenciar distintos hilos, quizás diferentes historias, historias evocadas a través de vuestras propias experiencias, resonancias y afectos conmovedores. Al hacerlo, espero que nosotros, juntos, podremos considerar la complejidad y multidimensionalidad de nuestras comunicaciones -cómo, incluso mientras consideramos conscientemente lo que pensamos que sabemos, sabemos que queda mucho más por conocer, y cómo parece que conocemos muy bien lo que todavía no conocemos conscientemente- nuestros instantes intuitivos, esos momentos que emergen espontáneamente, sin querer, momentos que no se pueden planear, y que llegan a conocerse y cristalizarse en los momentos de lo que ocurrirá después.

Zoe había sido diagnosticada y tratada de una forma agresiva de cáncer de mama el año anterior a empezar la terapia conmigo. Ella se manejaba bien a pesar del pronóstico funesto de su equipo médico. Su motivo de consulta fue gestionar el sentimiento de estar cada vez más invadida por una ansiedad creciente, provocada, según parecía, por un colega mayor con el que trabajaba- un hombre que ella creía que tenía la intención de echarla del departamento.

Brevemente, los aspectos llamativos de la historia de Zoe se organizan alrededor de varios aspectos cruciales. Zoe era hija única sin una familia extensa. Durante las vacaciones, cuando ella tenía cuatro años, suplicó a su adorado padre que la llevara a nadar. Él se lo prometió, pero sólo después de que hubiera jugado un partido de tenis. Mientras le esperaba impacientemente en la pista de tenis, Zoe vio como su padre sufría un colapso y moría. Ella recuerda como gritaba y gritaba, "Papá, lo ves, si hubieras venido

a nadar conmigo primero, estarías bien”.

Así empezaban sus recuerdos de horror y terror mientras que Zoe, ahora sola, completamente expuesta y desprotegida, fue abandonada a merced de una madre sumamente trastornada que, en esencia, les encapsulaba en una existencia falta de amistades y vacía de relaciones, bastante separada del mundo exterior. Amargamente enfadada, despectiva y odiosamente paranoide, su madre caía frecuentemente en lo que a mí me sonaba como rabietas psicóticas, atacando físicamente a Zoe sin contención alguna. Esos ataques se intensificaron con el tiempo, inmiscuyéndose en sus estados oníricos, al ser Zoe despertada violentamente por chillidos salvajes y acusaciones extrañas, mientras su madre la golpeaba con los puños o con cualquier otro objeto en la mano. Imágenes terroríficas de un **monstruo** que tenía ataques de locura quedaron grabadas en su mente para siempre. Zoe sabía en sus huesos que la vida con su madre era equivalente a una lucha por sobrevivir. La escuela ofreció a Zoe no sólo un refugio seguro de su monstruosa madre, también le proporcionaba el espacio y la oportunidad para descubrir su mente. El mundo de las palabras y el lenguaje le abrió caminos excitantes y calmantes. Ella podía perderse (o más bien encontrarse) felizmente en los libros y en sus propios escritos de una manera que le permitía la apariencia de agencia³ y esperanza, transportándola a un espacio que le protegía de la peligrosa toxicidad de su madre. Ese refugio, sin embargo, tenía un precio- eso, que Ferenzi denomina la atomización de la personalidad o a lo que Bromberg se refiere como desconexión de estados del self.

Al terminar el bachillerato, se escapó a Toronto. Con la ayuda de las becas y del trabajo duro en cualquier puesto que pudiera encontrar, terminó la universidad, finalmente obteniendo el doctorado en Ciencias Políticas. Fue poco después de terminar el doctorado cuando empezó el análisis conmigo. Zoe consiguió mucho en su corta carrera, aproximadamente en los diez años en los que nos conocimos. Escribía la política de los sindicatos, trabajaba sin descanso para la igualdad en el lugar de trabajo y sobre asuntos de género en la sociedad y en las universidades. Escribió muchos manuscritos que siguen siendo la base de la política en muchas áreas del sector público. En efecto, sus palabras la salvaron de una manera muy especial. A través de su dominio de las palabras, ella sigue presente de muchas maneras.

¿Qué hay de las palabras de Zoe y su lugar en nuestros años juntas? Pronto se hizo evidente que Zoe continuaba luchando por su vida. La animosidad de su colega, que llegó justo después del diagnóstico de cáncer, provocó recuerdos de la desesperada lucha por sobrevivir en la órbita de su madre. En los primeros años el cáncer de Zoe remitía y podíamos centrarnos en el sentido perdurable y urgente de la precariedad psicológica que estaba asociado al sentimiento de un peligro inminente, físico y amenazante para la vida- comprensiblemente lo psicológico y lo físico habían sido confundidos y mezclados. Como sabemos, el dolor del pasado del trauma psicológico vive a menudo en el presente. Contiene una temporalidad que lo mantiene sin metabolizar y el self está inmovilizado en un sentimiento siempre inminente de un tiempo confundido. Harris, inspirándose en Loewald, escribe sobre el recuerdo que ocurre en el tiempo futuro (2005). Para Zoe el pasado se sentía unido al futuro y la dejaba en un estado tan vulnerable y solitario como cuando era una niña durmiente salvajemente atacada por su violenta y psicótica madre. Era palpable y urgente la amplitud de su disyunción psíquica y de su expresión de ansiedad, el discurso rápido y repetitivo, que salía en desorden y ocultando sus capacidades cognitivas demandaba respuestas concretas, pero lograba poco con las contestaciones. El legado de Zoe era luchar por su vida y pronto

descubrimos que no iba a ser interrumpido.

Desde el principio me chocó profundamente una dualidad paradójica en su presentación. Enseguida me pareció que era mucho más joven de los 27 años que tenía- era como una niña pequeña que necesitaba urgentemente que le cuidaran con delicadeza y al mismo tiempo, al lado de esa niña pequeña y aterrorizada que gritaba, estaba la luchadora, una superviviente feroz que sabía demasiado y de primera mano sobre lo peor que la vida puede ofrecer y aún así podía impulsarse a seguir con la batalla. Y efectivamente, iba a aprender cómo ella requería ser recibida en ese plano liberador de competencia y agencia. Es lo que resonaría en mí a niveles más profundos que las palabras.

Reconocer esa dualidad y encontrar mi manera de sintonizar con ella se hizo central en nuestro trabajo. En los primeros días mi propia brújula afectiva me orientaba poderosamente hacia la niña pequeña y el terror de sus años de crecimiento. Esas respuestas empáticas se encontraban con las ansiedades de Zoe que se intensificaban, lo que me dejaba sintiéndome perplejo y más inseguro en cuanto a cómo proceder. Al sintonizar con mis sentimientos inexpresados, ella protestaba, “necesito que sepas...necesito tu ayuda, tienes que saber”. **Saber!! ¿¿¿Pero saber qué???** Zoe tenía una historia absorbente, su ansiedad era tan palpable, llenaba la habitación con tanta urgencia y con tanto puro sentimiento de horrible peligro justo en el momento presente, que me sentía coaccionada por él y no podía captar inicialmente cómo comunicar significativamente o incluso apartarla de su terrible dolor, que yo experimentaba y que consumía nuestro espacio. Durante todo ese tiempo mis palabras estaban eclipsadas por su sensación de mi propio sentimiento de impotencia- las únicas comunicaciones que ella podía recibir de mí estaban a nivel no verbal y eran de todo menos útiles. La sintonización precisa de Zoe con mis estados implícitos, no verbales y sentidos era excepcional desde el principio- un aspecto que despertaba mi propia ansiedad mientras intentaba constantemente hacer nuevas conjeturas sobre mi misma sabiendo que mis palabras tenían que llegar de un lugar resonante con lo que ella necesitaba y que yo tenía que sentir las. Pero eso parecía tan alejado y separado de mi experiencia de su terrible dolor.

Gradualmente mis propias ansiedades cambiaron. No puedo decir cuándo o qué es lo que se destiló para permitir ese giro. El cambio, como sabemos, se produce de una forma no lineal y a nivel micro. Quizás fue simplemente la experiencia intensificada de estar con ella lo que me capacitó para sentir mejor lo que le ocurría en términos más implícitos, más allá de la mera explicación verbal de sus estados afectivos. Me redirigí para centrarme en la inmediatez de su ansiedad, empecé a hablar en términos más concretos, utilizando sólo el tiempo presente acerca de lo que ella estaba manejando y sobre cuánto había sido capaz de dominar. Empecé a observar que mientras mi tono asumía una calidad más equilibrada, menos teñida de afectos, más conectado con su presente eficaz que con su pasado traumático, que se había catapultado en el presente, sentí que ella se calmaba. De alguna forma las dos habíamos empezado a cambiar recíprocamente a nivel procedimental.

Zoe empezó a repetir mis palabras casi como un mantra. Las llevaba con ella de sesión a sesión, repitiéndolas continuamente como manera de calmarse y capacitarse para seguir adelante. Ella empezaba y terminaba cada sesión casi recitándolas, buscando mi confirmación, tanto de forma verbal como no verbal, de que seguían sosteniéndola, que ella realmente las había aprovechado, que podían funcionar- casi como un conjuro mágico en los juegos de niños. Mis palabras parecían intrascendentes en la superficie,

apenas unas cuerdas de salvamento, aunque ella parecía procesarlas así. Pero mis palabras estaban empezando a emerger de lugares menos ansiosos dentro de mí misma, y se intensificaban de esa forma cuando mi estado de sentimiento sobre ella cambiaba frente a sus crecientes momentos de calma. Los aspectos combinados de ese nuevo nivel de comunicación fueron la adquisición más importante para ella y consecuentemente para mí.

Yo empecé a darme cuenta de que en cuanto resonaba con el aspecto de la niña pequeña y aterrorizada, Zoe se asustaba y desregulaba mucho más. En la continua temporalidad del trauma, mi resonancia con esa parte de ella concretaba su terror aún más, haciéndola sentirse mucho más en peligro y mucho más desprotegida e indefensa. Cuando respondía a la luchadora que había dentro de ella, la parte que prevalecía contra todo pronóstico, esto era lo que la calmaba y le ofrecía un andamio que la hacía capaz de abrirse a espacios psíquicos más lejanos y con ello, obtenía una sensación creciente de posibilidades.

Descubrí que las palabras que había empezado a utilizar eran palabras “luchadoras”, palabras que captaban su sensación de agencia potencial, de posibilidad, de fuerza para defenderse y seguir adelante, de la fuerza de una niña pequeña que había luchado siempre hasta el final, ferozmente, valientemente, de manera inteligente y sobre todo, **de forma desafiante**. Ella no iba a ser vencida. Palabras como **desafiante** empezaban a formarse por mi ajuste afectivo y creciente resonancia con lo que ocurría en los niveles implícitos, que realzaban la necesidad de Zoe de una sensación de agencia sobre todo lo demás. Como el poema que surge para ser escrito, que ahora encuentra su metáfora, así se conectaba con lo implícito, localizado en las palabras que necesitábamos. Estas palabras emergían como nuestro léxico particular, una condensación de palabras y afectos que capturaban la complejidad incluso en su simpleza aparente. Es lo que se convirtió en nuestro andamio, un espacio co-creado que emergía de la dialéctica entre las revelaciones y comunicaciones verbales y no verbales, lo explícito y lo implícito que habían alcanzado consonancia y resonancia en un nuevo espacio lingüístico, que se logró a través de la sucesión de disonancias contra las que habíamos luchado intersubjetivamente.

Cuando me uní a su parte fuerte y luchadora, Zoe respiraba con más facilidad, sintiendo que yo era su aliada en la lucha por esa parte vital de ella- esa parte que no podía ser sostenida frente a una empatía más simplista, que ella registraba como lástima, miedo, inseguridad y sensación de incremento de peligro. Cualquier pista (pistas que a menudo me sobrepasaban ya que ella captaba matices en mí mucho antes de que yo pudiera registrarlas en mí misma) de esto último en mis comunicaciones implícitas le hacía dar vueltas, exigiendo la respuesta de por qué yo estaba tan desesperada. Su ansiedad aumentaba en forma de espiral, su discurso se hacía más rápido y perseverante y de nuevo nos empapábamos del sentimiento de perder agencia y eficacia. Parecía esencial encontrar la manera de ser el aliado de su self de “luchadora” (self con el que pude resonar al intensificarse y venir vívidamente a la mente los recuerdos de mi propia postura luchadora en momentos clave de mi infancia), y a la vez sostener un nivel aceptable de compasión por su self herido y asustado. ¿Podríamos estar en un espacio así, juntas? Con el tiempo me di cuenta de que era una postura particular que tendría que descubrir para mí misma- una postura paradójica de poder estar aliada claramente con su self enérgico de luchadora y al mismo tiempo sostener a su self vulnerable en un lugar en que la reconocía con delicadeza, no sucumbía a él y sobre todo, no lo ponía en cuestión, ni anulaba la primacía de mi alianza con su self de luchadora. Aquí tomarían forma unas

negociaciones cruciales que sucederían más adelante.

Las palabras continuaban siendo centrales para Zoe. Podían otorgar poderes, calmar, excitar y transformar sus estados emocionales. Servían como referencias para los afectos y para nuestra relación, ya que codificábamos aún más nuestro propio lenguaje- el cual captaba el espectro de sentimientos y experiencias que entraban en nuestro espacio. En efecto, seguían teniendo además un poder terrible y paralizante sobre ella. La palabra más pequeña, que de nuevo parecía intrascendente en la superficie, podía provocar una ansiedad y un terror tan intensos que se hizo evidente que solo un poco de su léxico no provocaba palabras con poderosos afectos. Escuchar la radio o incluso a un amigo, hablar casualmente de una situación personal, podía despertar en ella una poderosa ansiedad.

De alguna forma Zoe lograba sintonizar con alguna palabra o frase específica, lo que trastocaba sus estados de self, ya que ella la asociaba a todo contra lo que ella luchaba para mantenerlo a raya. Encontrar las maneras de ayudarla a diferenciar y a reconocer que esas palabras no se generaban en ella, que pertenecían al hablante, sin referencia a ella, parecía facilitar el obtener cada vez más cierta distancia, una abstracción de funciones protectoras, entre las palabras aleatorias que oía y los mensajes que ella sentía que percibía. Con el tiempo empezó a internalizar la capacidad para reflexionar, para mentalizar, y podía informar de esos acontecimientos junto con el descargo de responsabilidad de que las palabras pertenecían al hablante y no estaban dirigidas a ella. Estas interacciones nos permitieron compartir algunos momentos de humor mientras reconocíamos nuestro particular proceso de trabajar en esos descargos de responsabilidad.

Otra ilustración llamativa del poder que tenían para ella las palabras emergía en relación con las cartas que Zoe recibía periódicamente de su madre que vivía a un continente de distancia. Históricamente esas cartas la llenaban de terror, cada palabra la sentía como otro golpe potencialmente letal a la niña dormida, desprotegida contra el monstruo perverso, que podía arrancarla de su sueño e infligirle lesiones de extrema gravedad en su cuerpo y en su alma, una y otra vez. La simple recepción de la carta servía como una señal para Zoe que la podía catapultar de vuelta en la órbita terrorífica de su madre. Era el pasado ahora mismo, justo en el presente, con una ferocidad que no se podía menguar. Ella había dejado de abrir esas cartas, pero se sentía demasiado asustada para tirarlas o devolverlas. Empezó a traerlas a nuestras sesiones para dedicarse a un proceso particular en el que yo las abría y se las leía. Las cartas eran desagradables y al mismo tiempo, patéticas, revelando a su madre envejecida enfrentada a una soledad total y a una incapacidad creciente de impactar en la única persona con la que había sido capaz de hacerlo. Amenazas vacías e insultos gratuitos llenaban las páginas. Paradójicamente, al entregarme las palabras de su madre, Zoe fue capaz de abstraerse un poco y quedar más apartada, fuera del alcance de su toxicidad. Se las leía con un tono muy tranquilo, un tono que transmitía que las amenazas eran vacías, que hablaba de la propia fuerza de Zoe aquí y ahora, como desafío a lo que había sucedido antes, y juntas nos hicimos capaces de desintoxicar las palabras poco a poco. La total eliminación de la toxicidad no ocurrió nunca. ¿Cómo podía?! Aún así, algunos cambios eran evidentes y ella se sentía animada por ello.

En el noveno año de estar juntas, el cáncer de Zoe volvió de pleno. Aunque había habido sustos por el camino, ella había prevalecido y lo había superado, y el personal médico implicado lo había aclamado como un “milagro”. La palabra “milagro” la satisfacía

enormemente. Sentía que hablaba a su espíritu luchador, que también podía repeler eso. **¡Fieramente, valientemente, de forma desafiante!**

Por esa época mi madre fue diagnosticada con un cáncer muy agresivo y falleció poco después del diagnóstico. Zoe no sabía nada de eso. Aún así en la primera sesión después de la muerte de mi madre, ella empezó la sesión con la afirmación, “Sé que has sufrido una pérdida terrible. Sé que tiene que ver con el cáncer. No quiero saber nada de ello. No puedo pensar en la muerte, no puedo pensar sobre tus pensamientos de la muerte. ¡Lo siento, pero no puedo! ¡No puedo! ¡No puedo!” Mi reacción inicial era de estar aturdida. Atónita porque ella había intuido esa información, atónita de que ella declaró el tema como prohibido, atónita porque no dejó espacio para mí y para mi dolor- dolor que se sentía puro, profundo y muy presente. Incluso mientras registraba esos sentimientos, podía sentir que ella sintonizaba con ellos y que le hacía sentirse ansiosa. Luché mucho con mis propias respuestas. Al forcejear con mis propias reacciones, finalmente encontré un lugar en mí para decir, y decirlo sinceramente, “Zoe, entiendo que tu legado es quedarte centrada en la vida y en vivir y en luchar para quedarte viva y continuaré para encontrar la manera de ser fiel a ti y a nosotros en ese pacto.” Ella reflexionó un momento, murmurando, “Lo siento tanto”, se recostó y volvió a hablar de lo que necesitaba hablar. Las palabras sabias de Stechler (2000) respecto a los principios de la presencia afectiva hicieron aquí eco en mí. Escribe, “El ser emocional y complejo del terapeuta debe estar presente de una manera muy especial y quizás paradójica. Eso es, que tiene que estar allí y no estar allí al mismo tiempo. Si podemos aceptar la proposición de que el mundo está lleno de paradojas y de que nuestros sistemas afectivos son particularmente paradójicos por naturaleza, propulsándonos en direcciones opuestas al mismo tiempo, la idea de estar allí y no estar allí al mismo tiempo no parecerá tan extraña” (p.79). Encontrar la manera de sostener esa postura dual es lo que nos permitió seguir adelante.

Poco después el cáncer de Zoe hizo metástasis en sus pulmones y la hospitalizaron. El momento no podía ser peor. El SRAG (síndrome respiratorio agudo grave) se había extendido a Toronto y se prohibió la entrada en los hospitales a todos los visitantes. Aislada y sola, ella luchaba contra el establecimiento médico y particularmente contra algunas personas del equipo de cuidados paliativos que parecían intentar que ella afrontara la muerte. Hablábamos diariamente por teléfono, utilizando nuestras palabras “de lucha” para reafirmar y sostener a su espíritu luchador. “Desafío” se convirtió en palabra crucial para reunir imágenes de una agencia que prevalecía y sostenía, de la elección de centrarse en la vida hasta el fin de sus días. Zoe dijo, “mientras pueda leer, mientras **esté viva**, mientras sea yo, eso es en lo que quiero pensar”. Yo elegí apoyar esa parte en ella, desafiando, junto con ella, las contribuciones de aquellos que abogan por que uno afronte y maneje su propia muerte inminente. Zoe le tomó gusto a hablar con mi contestador muchas veces al día, capturando los cambios de sus estados de self en tantas palabras como podía reunir, palabras que parecían contenerla y calmarla mientras hablaba, palabras que siempre se inspiraban en nuestro propio léxico co-creado, que parecían ayudar a regular su ansiedad, que le provocaban otros, incluso su marido, John, un hombre pasivo, pero decente, que podía ofrecerle un apoyo práctico, pero que siempre había dependido de ella para el sustento y la orientación emocional.

Después de varias semanas mandaron a Zoe a casa, unida a varios sueros intravenosos y oxígeno. Luchando por respirar, ella mantenía varios contactos telefónicos conmigo al día. Inicialmente rehusó que yo fuera a su casa porque no quería que la viera en ese estado. Unas semanas más tarde me llamó muy angustiada y me dejó un mensaje

muy largo y conmovedor. Esto es un extracto del mensaje, “Hola, Hazel, simplemente llamo para decir que estoy muy, muy mal, sólo para que lo sepas...es domingo por la tarde y acabo de ver a una de esas personas de cuidados paliativos... estoy muy afectada, así que simplemente necesito decirte esas cosas...sabes que siempre he dicho que no quiero demasiada información... lo mío es que yo he luchado mucho y lucharé contra esto también, no anticipo vivir mucho tiempo, pero estoy viva ahora y no hay nadie aquí con quién hablar de estas cosas (llorando)...y las limitaciones de John...hemos hablado mucho de eso...está claro que él de alguna forma no me entiende...no puede hacerlo...sé que le resulta difícil...así que simplemente necesito superar eso y volver a ese sentimiento...como tu dijiste...seguir trabajando sobre mi desafío y permanecer en él (llorando mucho)...simplemente estoy pasando por un momento muy difícil...iba tan bien psicológicamente, sabiendo que cada día contigo estaba mejor y me sentía mejor, he sido bastante excepcional...pero simplemente necesito algo de ayuda...como volver a esa cosa del desafío y todo eso de pasarlo bien, viviendo la vida hoy y simplemente necesito algo de AYUDA...así que bueno, si pudieras llamar, sería fantástico, si pudieras venir a verme, eso sería LO MEJOR! Y quizás podré superar esto, de nuevo en nuestro espacio...”

Llamé y fui a estar tiempo con ella esa tarde. Las horas que pasamos juntas volaron mientras estábamos allí sentadas, captando mucho en pocas palabras, palabras que decían tanto, que se unieron a nuestra experiencia sentida y de alguna forma también parecían incluir mucho de los aspectos duales que habían tenido que estar separados durante tanto tiempo. Zoe parecía que se tranquilizaba visiblemente. Juntas reafirmamos su fuerza, sus logros, su coraje, su tenacidad, nuestro vínculo. La dejé descansando, ya no estaba agitada. Ella me pidió que volviera. Le aseguré que iba a hacerlo, pronto. Más tarde esa noche ella me llamó de nuevo. Me dijo que había un libro que todavía quería leer- la nueva novela de Guillian Slovo- “La Carretera de Hielo”. ¡Qué extraño! **Acababa** de adquirir ese libro. Se lo llevé sin vacilar. Zoe recibió el libro y a mí con una cálida sonrisa y pasamos juntas un rato más. Parecía muy débil. Después de sentarme silenciosamente con ella, comunicándonos la mayor parte del tiempo a través de la mirada, le deseé buenas noches. En las altas horas de la madrugada me llamó su marido. Zoe había fallecido durante la noche, silenciosamente, en paz, apretando el libro de Slovo en sus manos, junto con las listas de nuestras palabras y frases que había reunido de nuestras conversaciones. Él me dijo que cada noche, durante las últimas semanas ella se sentaba con su linterna, leía las páginas una y otra vez, reconfortándose con las palabras que nos vinculaban tan poderosamente, palabras simples en su forma, pero que sostenían, complejas y oportunas, tanto en su espíritu.

REFERENCIAS

- Beebe, B. & Lachman, F. (1998). Co-constructing inner and relational processes: Self and mutual regulation in infant research and adult treatment: *Psychoanal. Psychol.*, 15:1-37
- Bromberg, P.M. (1991). On knowing one's patient inside out: The aesthetics of unconscious communication. *Psychoanal. Dial.*, 1:399-422
- Bromberg, P.M. (1996). Standing in the spaces: The multiplicity of self and the psychoanalytic

relationship. *Contemp. Psychoanal.*, 32:509-535

Harris, A. (2005). *Gender as Soft Assembly*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, 49-68

Lichtenberg, J.D., Lachman, F.M., & Fosshage, J.L. (2002). *A Spirit of Inquiry: Communication in Psychoanalysis*. Routledge, 148-202

Mitchell, S.A. (2000). *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press

Nebbiosi G. & Nebbiosi-Federici, S. (In Press). We Got Rhythm: Miming and the Polyphony of Identity in Psychoanalysis.

Pizer, B.A. (2003). When the crunch is a (k)not: A crimp in relational dialogue. *Psychoanal. Dial.*, 13:2:171-192

Pizer, S.A. (1998). *Building Bridges: The Negotiation of Paradox in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press

Stern, D.B. (1997). *Unformulated Experience: From Dissociation to Imagination in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

NOTAS

¹ Original no publicado. Versión castellana de Gergana Svetoslavova Ivanova revisada por Alejandro Ávila Espada.

² Hazel Ipp es Doctora en Psicología y Psicoanalista. Presidenta de la *International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy*. Vice Presidenta, Supervisora y Analista Didacta del *Toronto Institute for Contemporary Psychoanalysis*. Profesora del *Institute for the Advancement of Self Psychology*, de ISIPse (Roma); Profesora visitante del *Psychoanalytic Institute of Northern California*. Editora ejecutiva de *Psychoanalytic Dialogues* y Editor corresponsal del *Contemporary Psychoanalysis*.

³ N. de T.: Ser Agente